

Con este fin se preguntó á S. Ema. en el cuarto artículo de la memoria presentada por el Sr. Abad Bernier, con arreglo á las órdenes del primer cónsul, si estaba S. Ema. autorizado para conferir en el acto la jurisdiccion á los nuevos Obispos nombrados, de modo que pudiese consagrárseles cuanto antes despues de su nombramiento.

Segun la disciplina establecida hace tantos siglos, el Papa puede solo dar á los Obispos la institucion canónica; y no es uso que el Papa cometa á otros el ejercicio de tan considerable derecho. Esto se ha hecho así siempre, y directamente por la Santa Sede.

Se observan constantemente los requisitos de costumbre, y necesarios para conocer la aptitud de los sujetos. Se manda formar á los legados y nuncios un proceso informativo ordinario, el cual se eleva á Su Santidad; se procede en Consistorio pleno á la institucion de los nombrados, y se espiden sucesivamente las bulas.

El artículo 4.º del convenio confirmó espresamente este derecho, pues dice: "Su Santidad conferirá la institucion canónica segun lo establecido respecto á la Francia antes del cambio de Gobierno."

Lo establecido son los requisitos precitados, segun se leen en el Concordato entre Leon X y Francisco I.

A pesar de esto, y en ventaja de la religion, y por complacer al primer cónsul en cuanto no le es imposible, y atendido lo extraordinario del caso, se ha decidido Su Santidad á traspasar unas reglas tan universalmente prescritas, y el constante uso de la Iglesia, y aun el mismo convenio firmado con el Gobierno francés.

Su Santidad envia un breve al Cardenal legado, autorizándole, despues de hecho el nombramiento por el primer cónsul, y luego que se estendieren los documentos de costumbre, sumariamente para mayor brevedad, y en una palabra, luego que por si mismo se asegure de la aptitud de los sujetos, á instituirlos

acto continuo en nombre de Su Santidad, y á conferirles la jurisdiccion canónica por medio de cartas patentes y con autoridad pontificia. Podrá, pues, consagrárseles, y habilitarles para la direccion de sus iglesias; y pasado despues el término de seis meses, recibirán las bulas de la Santa Sede. Su Santidad anunciará su nombramiento en un Consistorio segun estilo, y dará parte de la institucion que se les hubiere conferido en caso ostraordinario por el Cardenal legado á nombre de Su Santidad.

Asimismo hubiera deseado Su Santidad, como lo ha hecho en las peticiones anteriores, complacer al primer cónsul respecto al nombramiento de quince Obispos constitucionales á quienes debiese en seguida conferir el Padre Santo la institucion canónica; pero el infrascrito tiene orden de declarar que la cosa es absolutamente imposible, atendidos los términos en que se halla concebida la nota del señor consejero Portalis y los despachos de Su Ema., porque se ataca la sustancial del depósito de la fe, y se presentan además obstáculos insuperables para la conciencia del Padre Santo y obligaciones de su apostolado.

Dice Su Santidad, que habiendo recibido intacto este depósito sagrado de mano de sus predecesores, quiere trasladarlo intacto y puro tambien á sus sucesores, como lo requiere el deber de primado de la Iglesia universal que Dios le confió.

La causa de los Obispos constitucionales está ya decidida por la Sede Apostólica en el breve dogmático de Pio VI que empieza así: Charitas; no puede reformarse esta definicion dogmática: puede Su Santidad mitigar las penas que hay impuestas á dichos Obispos, pero el juicio de su predecesor es irrefragable en punto á lo de fe.

El mundo católico y todo el Cuerpo episcopal han recibido y respetado el juicio de la Santa Sede. Sábese esto hasta la evidencia.

Por el mismo juicio dogmático de Pio VI se condenó la institucion civil del clero, como abratadora de errores contra el depósito de la fe.

Constitucionales

Los Obispos constitucionales se adhirieron con juramento á esta constitucion, y en virtud de ella fueron elegidos, y ocuparon ilegítimamente las Sedes episcopales.

Mientras que los Obispos constitucionales no reconocieren su ilegitimidad, declarada espresamente en dicho juicio dogmático, ellos mismos, dice el Santo Padre, le ponen en la imposibilidad de admitirlos en su comunión, y mas aún de instituirlos pastores del rebaño á quien dieron el escándalo que motivó semejante juicio definitivo de la Iglesia.

Lejos de confesar su ilegitimidad los Obispos constitucionales, se consideran abiertamente como legítimos atendidas las fórmulas de su dimision, y algunos de ellos llegan hasta decir que subieron á sus Sillas sin ninguna oposicion canónica, lo que equivale á atascar frente á frente el juicio contrario dogmático pronunciado sobre esto por la Santa Sede, y recibido por todo el catolicismo.

Su Santidad observa en vista de esto, que se contradicen manifiestamente en su fórmula cuando reconocen al Soberano Pontífice como centro de unidad de la Iglesia católica, negándose al mismo tiempo á lo mandado y prescrito por la Santa Sede.

La declaracion que publicaron en ciertas cartas sobre profesar la misma fe que los Apóstoles, no es suficiente á juicio de Su Santidad.

La fe de los Apóstoles ha sido y debido ser la fe de San Pedro; los mismos Apóstoles le reconocieron como cabeza de la Iglesia. Cuando, pues, los Obispos constitucionales no solo no se conforman, sino que por el contrario se oponen á los juicios del romano Pontífice, sucesor de San Pedro, que tiene la misma fe que San Pedro y el mismo magisterio de doctrina, se viene á deducir en sustancia que la fe de ellos no es la fe de los Apóstoles.

Muchos cismáticos y hereges pertinaces en sus errores dijeron que tenían la fe de los Apóstoles, pero no por esto los creyó la Iglesia.

En el breve dirigido á Monseñor Arzobispo de Corinto ten-

pla Su Santidad, en cuanto su autoridad se lo permite, lo que creyó la Santa Sede deber exigir de los Obispos constitucionales. El breve no habla de penas, ni de que den satisfaccion alguna: exijeseles solo que den una explicacion genérica, y que se adhieran y sometan á los juicios emanados de la Santa Sede sobre los negocios eclesiásticos de Francia.

En estas expresiones se encierra de un modo muy suave el reconocimiento de su ilegitimidad y de los errores de la constitucion civil del clero que ellos juraron, cosas todas condenadas por el juicio dogmático de la Santa Sede, para salvar la sustancia de este juicio, que no está autorizada á variar. Obrando Su Santidad de este modo se ha prestado en todo lo posible á las miras del Gobierno, no exigiendo de los Obispos una retractacion solemne, segun lo manda el breve *Charitas* de su predecesor.

Su Santidad ha tenido la satisfaccion de ver que el Gobierno, á quien mostró el breve Monseñor Arzobispo de Corinto, se declaró satisfecho completamente.

Los Obispos constitucionales rehusaron someterse: lejos de adoptar la fórmula que el Padre Santo les propuso, se han valido de otras que, como ya dicho, confirman y apoyan su error.

En este estado de cosas, no un sentimiento de orgullo incapaz de abrigarse en el corazon de Su Santidad, sino el deber del apostolado y la sustancia de la fe, le impiden contentarse con las precitadas formulas. Bien á las claras manifestó Su Santidad que ningun orgullo le animaba cuando, saliendo como al encuentro á los Obispos constitucionales, fue el primero á invitarles á que se reuniesen y *depusiesen su error*, obedeciendo á los breves que Monseñor Spina les remitió. Su Santidad obró así en una época en que mas que nunca le daba margen á abstenerse de ello la conducta observada por los Obispos constitucionales en el pretendido Concilio nacional contra la Santa Sede.

Pronto está Su Santidad á dar todavía una nueva prueba, estrechando contra su pecho, admitiendo á su comunión y aun instituyendo de entre ellos mismos á los que designare el primer

consul, con tal que cumplan con lo que se les prescribe en el breve y en la instrucción enviada al mismo tiempo al Cardenal Legado.

Se trata de materias de fe. Su Santidad observa que según las reglas de la fe, solo á él pertenece y no á otro juzgar lo hecho por los Obispos constitucionales respecto á las fórmulas de su dimisión cuando pronunciaron la profesión de fe y juramento, y darles si son nombrados la institución. Seguro está Su Santidad que la religión del primer consul aprobará este fallo.

Siempre exigieron las reglas y práctica constante de la Iglesia que nunca se recibiese en su seno, y menos aún que se la diesen por pastores á los que dejaron alguna heregia ó cisma, á no ser que espresamente confesasen que condenaban *en particular sus errores*.

Su Santidad no ha podido hacer mas que proponer á los constitucionales una fórmula implícitamente condenadora de su error, y tratar de adherirles al fallo de la Santa Sede que condenaba dicho error. Y ellos por el contrario, han profesado de nuevo su error en su fórmula, como arriba se ha dicho.

Su Santidad observa que la profesión de fe de Pío ⁶ y el juramento bastan para los no sospechosos de error en la fe cuando la presunción está en su favor; pero cuando se ha profesado el error, la Iglesia pide una profesión particular y explícita.

No puede Su Santidad alterar lo sustancial de esta regla; la ha templado cuanto le ha sido posible, exigiendo enérgicamente la sumisión precitada.

Añádese á esto un hecho importante. Los Obispos constitucionales pronunciaron la profesión de fe de Pío ⁶ cuando tuvieron sus pretendidos Concilios nacionales. Al mismo tiempo profesaron su error, y continuaron profesándole, sosteniendo su legitimidad y el no ser canónica la oposición de la Santa Sede en las ya citadas fórmulas de sus dimisiones.

Su Santidad no piensa que haya nada de humillante para ellos en declarar que *adhieren y se someten al fallo de la Santa*

Sede sobre los negocios eclesiásticos de Francia. Si reconocen á Su Santidad como cabeza y centro de unidad, no es humillante para los Obispos someterse á sus fallos.

El Padre Santo añade, que confesar su propio error es un acto de humildad que revela un alma grande y virtuosa; que nada tiene esto de humillante, para Obispos sobre todo, y que por el contrario, les proporcionará gloria inmortal entre Dios y los hombres.

Acostumbrados los católicos que forman la mayoría de Francia á mirar los constitucionales como cismáticos, no les otorgarían estima y aprecio hasta que les vieren renunciar á su error. Bien sabido es cuánto respeto y aprecio mereció Fenelón por un acto semejante. El Papa pide aún mucho menos á los Obispos constitucionales.

Puesto que hacen dimisión de sus Sillas, puesto que piden bulas para su institución, sería menester que reconociesen que las han ocupado ilegítimamente, y que pidiesen la institución, reconociendo por principio que así deben hacerlo.

Pero hacen dimisión, teniéndose por legítimos; piden la institución, y declaran adherirse al convenio pactado (*patto*) entre el Padre Santo y la Francia. No abraza este convenio todos los principios contrarios á su error, porque no los mencionó, y lo que abraza puede entenderse como cosa convenida *por el pacto*.

Aunque la constitución civil del clero no es obra de eclesiásticos, Su Santidad observa que desde el momento en que se la declaró contraria á la religión católica, como lo definió dogmáticamente la Santa Sede, no era permitido á los Obispos constitucionales adherirse á ella, y menos todavía persistir en el error después de pronunciado el fallo. Verdad es que por una parte obedecieron á la ley; pero por desgracia esta ley, que no hace parte de la Constitución del Gobierno francés, está en oposición con la religión católica: están, pues, en la obligación de adherir y someterse al fallo de la Santa Sede.

Se teme que exigiendo tal sumisión de los constitucionales no

se mueva alguna discusion entre el sacerdocio y el imperio, que comprometa la dignidad de la nacion; pero reflexionese que, en las circunstancias presentes, ha quedado el Gobierno plenamente satisfecho del breve de Su Santidad.

En ocasion semejante un célebre autor francés (*Rossuet, sent. de cognit. priv.*, edicion de Lieja, pág. 145), se expresa así:

“No hay razon alguna que pueda empeñar á la Iglesia Romana á ir contra las instituciones de sus padres, á recibir en su seno otra Iglesia, si de antemano no dió esa Iglesia seguridad de su fe.”

Su Santidad desea ardentísimamente la paz: reconoce (lo mismo que el gobierno francés, que en esta parte merece ser elogiado por su sabiduría), que sin tener por fundamento á la religion no puede ser la paz ni sincera ni estable; y que la religion en pugna directa con las leyes, no cimentaria ni aseguraria la paz, porque contiendas y disensiones religiosas alejarían aún mas ese deseado don.

Cabalmente por eso propone Su Santidad medios para que en el nombramiento de Obispos constitucionales no se alteren las reglas de la religion, y no se falte al fin propuesto.

En la nota del consejero Portalis se dice, que el Papa es *colador forzado*. Bastan para la inteligencia de estas palabras dos sencillas observaciones.

El concordato de Leon X y Francisco I. al que se refiere el artículo 4 del convenio, atribuye al Papa la libertad de negar la institucion en algunos casos. Léase si no el título 3 (revela este título todos los pactos simoniacos que se hacían antes de 1545).

Lo mismo prueban varios ejemplos bajo Inocencio XI, Alejandro VIII é Inocencio XII. Negáronse las bulas de institucion por Inocencio XI y Alejandro VIII á diferentes eclesiásticos que tuvieron parte en la declaracion de la asamblea del clero en 1682, é Inocencio XII no les concedió las bulas sino despues que en cartas escritas al Papa declararon que tenían por

no decretado lo que pudo decretarse por esas asambleas contra el poder pontificio (1).

Véase la diferencia que hay entre esta declaracion, y la que con tanta benignidad pide el Padre Santo á los constitucionales.

Respecto á los demás estados en los que el Gobierno nombra, tiene el Papa el derecho de no conceder la institucion á los nombrados si no fueren dignos de ella.

La segunda observacion es que la cualidad de *colador forzado* se entiende de este modo.—No puede Su Santidad negar la institucion á los *nombrados* cuando no son indignos del episcopado.

Esto es evidente, y basta observar cómo se expresa el Concilio de Trento respecto á la eleccion de Obispos mientras que lo son solamente por nombramiento de su gobierno. (Ses. 6 de Ref., cap. 1, y Ses. 84, cap. 1.)

Se ve que el Papa, segun los decretos del Concilio general, debe juzgar de la aptitud de las personas; y que no es, pues, un *colador forzado*.

Tratándose de la salud de las almas, no puede obligársele al Papa á dar la colacion, si para ellas es peligroso. El Concilio dice que Dios le pedirá la sangre de las ovejas que hubiere conchado á pastores indignos.

Verdad es, que no está en el caso de un casuista en el tribunal de la penitencia, y que él es el juez de la capacidad aparente del *nombrado*. Pero no por esto puede Su Santidad ins-

(1) En la traduccion de este documento presentado al primer conato, se puso al margen una observacion:

Negando que los Obispos de Francia hubiesen declarado en 1683, como dice el Cardenal Consalvi, que tenían por no acordado lo que se acordó en 1682 contra la autoridad Pontificia: que ellas sola dijeron que tenían por no decretado, lo que se habia decretado sobre el poder eclesiastico, y sobre los derechos de la ¹⁶⁸² Iglesia.

Puede responderse á esta observacion, que si los Obispos de que se trata declararon como no decretado lo decretado, es imposible concebir que no reconocieran á lo que habia sido decretado.

tituir á los que muestren en lo interior ser reconocidos indignos del episcopado por su conducta anterior, como sucede en este caso.

Verdad es (como dice muy bien el consejero Portalis), que no se trata ahora de hacer nuevos convenios, sino de ejecutar francamente un convenio ya ratificado.

Verdad es tambien que no se habla en el convenio de los constitucionales, habiéndose por el contrario establecido desde un principio que ni aun se les mencionaria. Y esto es tan cierto, que se desechó desde luego un artículo concerniente á ellos, que se hallaba en uno de los proyectos presentados á Monseñor Arzobispo de Corinto.

Tales son, ciudadano ministro, los bien considerados sentimientos que Su Santidad mandó al infrascrito os hiciera saber en respuesta á la nota del consejero Portalis. Su Santidad confia plenamente en la religion, justicia y luces del primer cónsul y en las del señor consejero, y está seguro de que su pronta deferencia á la petición de la institucion de los nombrados, y á petición de la bula de circunscripcion, dos asuntos en que Su Santidad ha prescindido de las reglas por medio de un acto sin ejemplo en la historia de la Iglesia, serán la norma de conducta para el nombramiento de los Obispos constitucionales.

Se echará de ver la imposibilidad absoluta en que se halla el Padre Santo para instituirlos estando las cosas en el estado actual, por lo que se refiere á las instrucciones dadas con este motivo al Cardenal Legado.

El infrascrito Cardenal secretario de Estado os ruega, ciudadano ministro, admitais la seguridad de los sentimientos de su mas distinguida consideracion.

Firmado.—Hércules, Cardenal Consalvi.

Salas del Quirinal, 30 de noviembre de 1801.

A esta carta estaban adjuntos:

1.º La bula de la nueva circunscripcion de las diócesis.

2.º El breve de autorizacion al Cardenal Legado, para conferir en nombre de Su Santidad la institucion canónica á los Obispos de las nuevas diócesis.

3.º Un breve de autorizacion al Cardenal Legado para la creacion de nuevos obispados en la parte de América, sometida á la república francesa. Solicitó este breve el gobierno consular.

